

Berso Berriac, Sempelarrec jarriac. Tonquineco Obispo Jaunaren bicitza Valentín Berriochoa Centurian Martirizatu 1861—garren urtean Santu gucien egunean, Elorrioco naturala (24 estrofas). Rentería: Vda. Valverde, (s.d.) (1 h., 31 cms.).

«Betiri—Sanx (8 estrofas. Comienza: Betiri Sanxeren berri-ric / Aspaldi ez cen deus handiric)», en Neurtiztarien gu-dua. Saraco bestan. 1874. Bayonne, (1874).

Kanta zarrak (8 estrofas. Comienza: Iya guriak eguindu / badeгу zeñek aguindu). Irun: Vda. de B. Balverde, (s.d.) (1 h., 31 cms.).

San Joserén zazpi dotoren versoac (26 estrofas. Comienza: Diversiyo polit bat / buruan del pasa / iruritzen zat dala / chit ondo dan gauza). (Donostia): Pozo, (s.d.) (1 h., 32 cms.).

San Joserén zazpi doloreen versoac. Durango: Elosu, (s.d.) (1 h., 31,5 cms.).

San Joserén zazpi doloreen versoac (26 estrofas. Comienza: Diversiyo polit bat / Buruan det para / iruritzen zat dala / chit ondo dan gauza). Irun: B. Valverde, (s.d.) (1 h., 31 cms.).

San Joserén zazpi doloren versoac (26 estrofas. Comienza: Diversio polit bat / Buruan det para / iruritzen zat dala / Chit ondo dan gauza). Tolosa: Andrés Gorosabel, 1854 (1 h., 33 cms.).

Senpelaar'en bertsuak. Errenderi: Makazaga, (s.d.) (84 pp., 17,5 cms.).

JAUREGUI, L.: Xenpelaar Bertsolaria. Bizitza ta bertsuak. Zarautza, 1958.

- Zabala, Antonio, S.I.: «Xenpelaar bertsolaria».

Auspoa. Tolosa, 1969, 414 páginas.

Contiene una biografía del bertsolari y su entorno, desde la compra de los terrenos en que más adelante se asentará el aserío Xenpelaar hasta su muerte. Recopilación de su obra acompañada de aparato crítico.

- Zavala, Antonio, S.I.: «Juan eta Pello Zabaleta. Bertsolariak».

Auspoa, N° 63—64. Tolosa, 1967, 294 páginas.

Reseña biográfica y recopilación con aparato crítico de la obra de Juan y Pello Zabaleta.

- Zavala, Antonio, S.I.: Errenderia'ko bertsolari zaarrak».

Auspoa, N° 74—75. Tolosa, 1968, 290 páginas.

Recopilación de la obra de nueve bertsolaris que, si bien no todos nacidos en Rentería, crearon en ella: José M° Elizegi, José M. Salaberria, Leandro Salaberria, José M. Elósegi, José I. Iñarra, José M° Berra, José R. Taberna, José C. Urrutia y Joxepa A. Aranberri.

- Zavala, Antonio: «El bersolarismo» en el libro colectivo «Guipúzcoa».

Obra editada por la Caja de Ahorros Provincial de Guipúzcoa. San Sebastián, 1968.

Comentario, ilustrado con varias poesías, de la obra de Xenpelaar, con referencias a su centenario.

- Zumalde, Ignacio: «Algunos documentos de los Reyes Católicos relacionados con San Sebastián (1475—1480).

Boletín de Estudios Históricos sobre San Sebastián, 1969, páginas 223—249.

Se trata de la transcripción de algunos documentos del Archivo General de Simancas, entre los que se encuentra el «Pleito de San Sebastián con Oyarzun sobre Rentería y Pasajes» fechado en 1479, y el «Pleito entre San Sebastián y Rentería» de 1480.

(*) Agradecemos la colaboración de Miguel Angel Barcenilla que nos ha facilitado numerosas fichas sobre bibliografía referente a las industrias de Rentería a finales del XIX y principios del XX.

(1) Por falta de espacio no incluimos la abundante sobre de K. Mitxelena. El que esté interesado en ella puede consultar: Jon Bilbao: «Eusko-Bibliographia» Volumen V. LARRUN—NAVARNIZ. Enciclopedia General Ilustrada del País Vasco, cuerpo C. Auñamendi. San Sebastián. 1974, páginas 409 a 412. También en la misma obra y del mismo autor, el tomo X, Supplementum, 1961—1975. J—UNION. Páginas 188 a 192. San Sebastián, 1981.

DE LITERATURA VIEJA...

ALBERTO ECEIZA MICHEL
«BIDAZTI»

Hablando de literatura y de Rentería, todos sabemos que hay muchas clases de aquella y muchas visiones de ésta, retrospectivas, actuales e incluso futuras; pero no vamos a hablar de ellas sino a concretarnos sobre lo que dice un libro muy curioso titulado: «De crónicas y tiempos británicos», escrito por Julio César Santoyo y en el cual, además, podemos ver una lista de cartas, crónicas y libros ingleses, franceses y castellanos que —de pasada la más de las veces, es cierto— aluden a nuestra Villa con respecto a cierta expedición inglesa efectuada en 1512 con vistas a la recuperación de la Guyena para la corona inglesa.

La cosa pasó así. En la pugna que, por aquella época, sostenían los reyes de Francia y España por engullirse al reino de Navarra —que entonces era, prácticamente, un feudo galo—; Fernando el Católico, recién conquistada Granada, consideró llegada la hora de redondear sus dominios eliminando aquella cuña entre castellanos y aragoneses.

Fernando el Católico fue el rey más sagaz y maquiavélico que jamás ciñó corona en la Península y aquí tenemos buena muestra de sus enrevesados manejos. Conseguida del Papa la excomunión del rey francés y sus aliados, arropado por una Santa Alianza de aquellas a las que tan aficionado era Julio II y que envolvía en su tela de araña a Francia; prometió a su yerno Enrique VIII de Inglaterra «ayudarle» a recuperar la Guyena o Aquitania, perdidas para la corona inglesa en 1453. Consiguió así que este rey le enviase entre 10.000 y 12.000 soldados a la frontera guipuzcoana con Francia.

Tal ejército al mando del marques de Dorset, estaba compuesto exclusivamente por infantería armada en su mayor parte con arcos,

ballestas, picas y alabardas (cuando no era ninguna novedad en los ejércitos europeos los mosquetes). Entre esta masa de ingleses había unos 600 mercenarios alemanes. La artillería —de la que Enrique VIII sólo tenía una somera sombra y la caballería se la había prometido Fernando.

Estos soldados desembarcaron en Pasajes el 8 de junio de 1512, acampando entre Rentería y Oyarzun «en lugar algo elevado, sin árboles en torno al campamento pero si con un bosque cerca para poder suministrar leña para las cocinas y fuegos y una corriente de agua en las cercanías». El lugar se situó más cerca de Rentería que de Oyarzun —no sabemos exactamente donde— y el tesoro del ejército quedó depositado en una casa renteriana alquilada a sus dueños. Aquí estuvieron hasta el 22 de junio en que el grueso de la tropa se trasladó a Irún para estar más cerca del enemigo.

La intención del monarca castellano—aragonés quedó patente cuando su plan fue consumado. Mientras los franceses, alarmados por la presencia de los isleños, concentraban fuerzas y reforzaban las defensas de Bayona sin atreverse a emprender acciones más allá de los Pirineos; las huestes castellano—aragonesas, al mando de Fadrique de Toledo, Duque de Alba, irrumpían en Navarra por Salvatierra el 21 de Julio, día en que se proclamó la Bula papal «Pater ille coelestis» en la que se excomulgaba a cuantos osasen resistir a la Santa Liga, pero de forma especial «a los vizcaínos y cántabros, hijos obedientes de la Iglesia desde tiempo inmemorial» que se pusiesen de parte del rey francés. Así, el 25 se rendía Pamplona tan pronto le fueron garantizadas sus libertades —más preciadas para ella que los reyes extranjeros— y en quince días los castellano—aragoneses ocupa-

ban toda la Navarra peninsular sin que los navarros hiciesen gran cosa para impedirlo. Al contrario, los «beamonteses» ayudaron al Duque de Alba a controlar el, desde entonces, ex-reino.

Y, mientras esto sucedía, los británicos se pudrían entre Rentería e Irún. Sus soldados, acostumbrados a ingerir enormes cantidades de cerveza como única bebida, aquí hubieron de sustituirla por sidra y vino con los siguientes «efectos». Además, al desembarcar se vieron envueltos en esas típicas temporadas de agua tan corrientes por estos lares. Llovió y llovió durante semanas. El verano no mejoró las cosas. Fue uno de esos veranos agobiantes de bochorno y chaparrones en que «hubo grandes tormentas, vientos fuertes y lluvias continuas», lo cual era demasiado para soldados que tenían que dormir en el embarrado suelo, constantemente mojados, sin otro abrigo que improvisadas chozas de ramaje, «de lo que unos quedaron impedidos, otros sordos y otros con diferentes dolencias». En agosto, el estado médico de las tropas siguió empeorando lentamente y un promedio de diez muertos diarios se consideró normal e inevitable. La falta de alojamientos apropiados, los continuos remojones, el vino, la sidra, —que les producían náuseas y enfermedades—, la carencia de carne fresca y de harina así como la falta de higiene; convirtió al brillante ejército que salió de Inglaterra con la intención de comerse al francés, en una sombra del mismo: empantanado, desmoralizado, enfermo... esperando inútilmente la llegada de los cañones y de los caballos de Fernando. Nada hay peor para un ejército en campaña que la inactividad. La indisciplina cundió. Incluso hubo enfrentamientos con la población civil, con graves caracteres en Irún donde «robaron, saquearon y mataron sin piedad a sus habitantes» aunque muchos de ellos, intuyendo lo que se les venía encima, huyeron a Francia. Los jefes ingleses, después de informarse de lo que la soldadesca había hecho en Irún, donde «hallaron muchos vizcainos muertos, la población saqueada y que los habitantes habían huido»; celebraron Consejo de Guerra sumarísimo y aquella misma tarde ejecutaron a siete soldados acusados de «pillaje, asesinato y desertión» y hubieran muertos otros catorce más de no interceder por ellos «unos caballeros españoles que solicitaron su perdón».

El marqués de Dorset hizo leer una proclama amenazando con la pena máxima a «cualquier soldado u oficial que injuriase o atacase a la población civil o atentase de cualquier manera contra sus propiedades», proclama muy oportuna cuando se daba la circunstancia de que la puntual paga de seis peniques que recibían los soldados, era insuficiente a todas luces para hacer frente a la carestía ocasionada por la escasez de víveres reinante, acentuada por la presencia de aquella masa de hombres. Incluso se amotinaron pidiendo dos peniques diarios más, originando las consiguientes represalias con sus ajusticiados y todo.

Con el ejército en franca rebelión y sus brillantes ropajes de hacia cuatro meses «todos gastados y echados a perder» vieron en septiembre, cuando el invierno asomaba sus orejas, llegarles el refuerzo de un destacamento de caballería que les enviaba el Duque de Alba lo cual en lugar de darles ánimos, originó una tumultuosa reunión de jefes en Rentería. Los menos querían continuar adelante hasta «tomar Guyena» pero los más querían regresar a Inglaterra.

Ante el estado de ánimo de la tropa y de muchos oficiales, temerosos del invierno que se les venía encima, el Consejo de Guerra decidió el regreso sin esperar permiso, es más, contraviniendo las órdenes reales. La indignación de Enrique VIII fue enorme, pero no pudo castigar a tan gran número de «delincuentes», alguno de los cuales se rumoreó fueron comprados por el oro francés para «aligerar» su retirada. El 24 de octubre reembarcaban para su patria en 51 navíos alquilados para ello, que partieron de Guetaria, San Sebastián, Pasajes y Fuenterrabía, sin otra aureola bélica que la de haber incendiado y robado todas las aldeas vasco-francesas que pudieron y, sobre todo, San Juan de Luz. Se marcharon echando pestes de castellanos, aragoneses y... vascos. Pero ya habían cumplido su misión para Fernando: frenar con su presencia a los franceses mientras él se apoderaba de Navarra.

Según parece y cuentan las crónicas, aquella estancia entre nosotros les produjo unos 2.000 muertos por disentería, pulmonías, peste, escaramuzas con los franceses y ajusticiamientos, pues estos «faltaban justificadamente», al hacer el recuento para el embarque. Pero hubo otros en gran número —se dice que hasta 2.000 más— que no se presentaron y a los que hubo que salir a buscar sin que pudieran ser hallados, ya porque los naturales les escondieron, ya porque se escondieron ellos solos por no volver a su isla. Se ve que a todos no les fue tan mal por estos pagos.

¿Que fue de tan insospechados inmigrantes? Se puede colegir que aquí encontrarían una forma de vida que les vendría muy bien —en ningún caso peor que la que les esperaba en Inglaterra, donde los campesinos eran poco menos que esclavos en aquella época— y que encontrarían pareja entre las innumerables «neskas vacantes» existentes, dado el ingente desgaste de hombres que tanta guerra y descubrimientos produjeron en nuestro lar. Precisamente, el año anterior

muchos barcos y marineros de estas costas transportaban tropas y combatían en Bugia y Trípoli, entre ellos, el capitán Juanes de Isasti con dos navío propios y con marineros renterianos; a quién la reina Juana concedió —para él y para sus hijos— además de las armas que antes usaba, el añadido de tres banderas en sendas torres sobre ondas marinas «en recuerdo a las que tomó por asalto en Trípoli». En estas cosas andaban los mozos renterianos mientras las mozas... rezaban.

Ese millar largo de hombres vendrían bien para reforzar las tropas que, a toda prisa, se reclutaban aquí para hacer frente a la avalancha que se nos vino encima. En cuanto los franceses se cercioraron de que los británicos se habían largado con viento fresco, desencadenaron una acción encaminada a recuperar Navarra enviando contra el Duque de Alba al Duque de Alguilema (luego Francisco I de Francia); con 40.000 infantes y 4.000 caballos. Mientras el grueso, al mando del futuro rey francés y del rey de Navarra sitiaba Pamplona; el Duque de Borbón invadía Guipúzcoa con 10.000 infantes y 400 caballos poniendo sitio a Fuenterrabía y San Sebastián. La movilización guipuzcoana consiguió la retirada de esas tropas invasoras, pero sin evitar que pegasen fuego a Hernani, Rentería (donde «destruyeron y quemaron muchas barricas de las provisiones del rey Fernando en trigo, cebada, vino, así como 31 barricas de miel pertenecientes a Enrique VIII y donde sólo quedaron TRES CASAS en pie»), Lezo, Oyarzun e Irún y se llevasen todo lo que pudieron arrebatar, especialmente, ganado. Los que no lograron salvar estas poblaciones del desastre, tuvieron la honrilla de batir, en Velate, el 7 de diciembre, a las fuerzas francesas que se retiraban de Pamplona ante la presencia del nuevo ejército castellano, y quitarles la artillería la cual sirvió para reforzar las defensas pamplónicas y... para figurar en los cuarteles del blasón guipuzcoano.

Ahora bien ¿Qué fue de los ingleses? ¿Dónde se metieron? ¿Se desperdigaron por el interior o combatieron contra los franceses y luego se integraron entre las gentes guipuzcoanas? Es lo probable. Los derechos y fueros de las gentes de aquí le debieron parecer bendiciones celestes ya que un «morroy» tenía tantas infulas como un sir inglés. Recordemos que en Jaén, en mayo de 1498, los Reyes Católicos firmaron una Real Provisión para la Villa de Rentería por la cual «a causa de los daños sufridos por la guerra contra los franceses (ésta fue otra) que quemaron la Villa e terminó con sus iglesias, fueron quemados en ellas muchos hombres, haciendas y bienes de lo cual resultó dicha Villa e tierra destruídas y despobladas y los vecinos y moradores de ella perdidos». (Esto ocurrió en 1476); dejaban a los vecinos libres de alcabalas, albalas y diezmos viejos por espacio de veinte años, que Juana la Loca prorrogaría por cinco más. (Posteriormente y por el desastre de 1512, Carlos I prolongaría esta eximición de impuestos por cuarenta años más).

Para la integración inglesa tampoco había problemas religiosos puesto que entonces, todavía, los ingleses eran católicos y todo aquel jaelo de moda en la época sobre pureza de sangre y demás, no rezarían para los rubios mozos que nunca habían visto un moro y quizá tampoco un judío. Es probable, además, que ello «resbalase» en los baserris donde sobraba elemento femenino sin remedio masculino en el horizonte. Las cosas como son. Aquellos ingleses vendrían bien para reforzar la población varonil hartamente mermada. Y si, en principio, serían acogidos como «morrois», más adelante la integración sería tal que hasta logró borrar sus apellidos.

Por otra parte, sabido es que eran numerosos los comerciantes ingleses establecidos en las costas vascas por aquel entonces. Se conocen ingleses en Fuenterrabía, Rentería, San Sebastián, Bilbao, etc., etc. Pero del que quizá se conozca más es de un tal Thomas Badcock, que desde 1512 hasta 1537 en que se pierde su rastro, moró entre nosotros. La tremenda escasez de varones nos la refleja éste en sus cartas a Inglaterra. Por ejemplo, en 1517 quiso reconstruir una culebrina traída por el ejército inglés en 1512 y que estalló al ser probada en Pasajes y hace constar por escrito que «las mujeres desenterraron los restos de la misma y acarrearón estos a una pinaza que los llevó a Fuenterrabía donde fueron refundidos con la leña y combustibles que acarrearón mujeres y luego de fundida y preparada, mujeres la trasladaron a lo alto del castillo hondarribitarra para hacer sus pruebas».

¿Se concibe a mujeres dedicadas a tan penosos menesteres si no fuese por la tremenda falta de hombres? Por este mismo Badcock sabemos que los ingleses estaban muy bien considerados aquí aunque, al final de 1535, se quejará de que «nunca hemos sido tan mal tratados en este país como ahora». Ya se había consumado la apostasía de su rey...

Pero, al servicio de los comerciantes ingleses, ayudando a las faenas del campo o desparramándose por el interior; es evidente que aquellos soldados se difuminaron aquí y quizá ello justifique que por estos contornos existan tantos «txuris» y «casca-górris», muchos de los cuales, si buceasen entre sus antepasados hasta la suficiente profundidad, acaso topasen con un inglés de aquellos, «allá abajo». Es una pena que en Rentería no existan registros parroquiales anteriores a 1573, cuando aquellos hijos de Albión ya estarían enterrados y sus

apellidos vasquizados o sustituidos por mote igualmente euskaldinizados. El mismo Badcock del que hablamos más arriba, estaba casado aquí y «su hijo no sabía inglés» según él mismo, de lo que se colige que su madre tampoco, reforzando lo expuesto sobre las mozas vacantes.

Y así nos encontramos con que aquellos fueron los primeros inmigrantes que, en grupo considerable, llegaron a esta Rentería de nuestros pecados...

He aquí parte de lo que nos sugiere la lectura del libro de Julio Cesar Montoyo, editado por el Grupo del Doctor Camino donostiarra. Evidentemente, no hay nada como la adecuada literatura para sumirnos en sueños sobre lo que fue o pudo ser... y ¡Qué grande es poder soñar en esta época tan materialista!

LITERATURA MUNICIPAL

Aguirre de Echeveste

Literatura es, en definición de la Academia de la Lengua, «un arte bello que emplea como instrumento la palabra. Comprende no solamente las producciones poéticas, sino también todas aquellas obras en que caben elementos estéticos, como las oratorias, históricas y didácticas».

Definición académica, que como casi todo lo académico se puede prestar a diferentes interpretaciones, pero perfectamente válida.

Arte bello que emplea la palabra como instrumento. Lo que la arcilla y el mármol a la escultura. O lo que el color, los colores, a la pintura. Claro que todo depende del uso que se haga del instrumento para hacer un «arte bello».

El hecho de pintar no significa necesariamente hacer arte. Como no son escultores todos los que trabajan la piedra. Se pueden manejar cincelos y ser cantero. Oficio por cierto, repleto de resonancias artísticas.

Del mismo modo, un poeta manejando ese instrumento llamado palabra, creará una obra literaria. No vamos a hablar de calidades. Con ese mismo instrumento, un comerciante de piensos —por poner un ejemplo—, lo más que puede hacer es una factura. A no ser que en sus horas libres se dedique a escribir poesía. Que todo puede suceder en este mundo.

El amable lector —si lo hubiera—, se preguntará a qué se debe este un tanto confuso preoio.

La verdad es que la razón, el motivo, es bien sencillo. Se nos indica que este año tenemos que escribir en esta entrañable Revista OARSO, tan henchida de recuerdos festivos, de aromas «magdaleneros», sobre la literatura en Rentería.

Tal vez, posiblemente, a quien desconozca el cotidiano acaecer de este pueblo nuestro, le parecerá esa pretensión un tanto... ampulosa.

Quien escribe estas líneas está firmemente convencido de que no es así.

Nadie puede dudar —quien lo dude es que no conoce Rentería—, que en este pueblo se habla mucho, ¿demasiado tal vez?, lo que quiere decir que ese instrumento llamado palabra está perfectamente en la vida diaria de sus gentes.

Otra cosa será que la utilicen, que la utilicemos, para hacer con él, con el instrumento llamado palabra, ese arte bello que dice la Academia que es la literatura. Arte bello que como el resto de las artes está dividido en diferentes géneros.

Y es hablando —escribiendo—, de géneros literarios cuando al que firma se le plantea la interrogante. ¿Existe una literatura municipal? ¿Existe acaso un ignorado manantial del que algunas veces puede aflorar una forma peculiar de utilizar la palabra en los Ayuntamientos, en los escritos de los Ayuntamientos?

Parece que sí existe. Bien cercanos en el tiempo están los bandos del alcalde de Madrid, Tierno Galván, que son un gozoso ejemplo de lo que lo municipal no tiene por qué ser necesariamente espeso. Un gozoso ejemplo de que manejando la palabra con donaire y galanura, —que diría el clásico—, hasta un bando municipal puede convertirse en una deliciosa obra literaria.

Claro que también sería mucha pretensión la de que todos los alcaldes tuvieran que redactar sus bandos al modo y manera de los del alcalde de Madrid.

Acompaña a este escrito un bando redactado por el primer alcalde que Rentería tuvo en este siglo XX que está a punto de finalizar. Bando manuscrito en el que se transparenta el estilo de vida de los renterianos de aquellos tiempos. Estilo de vida con un concepto de la autoridad municipal que actualmente no se entiende de la forma que se trasluce en el bando. También un riguroso y estricto sentido de la

limpieza, la higiene y el ornato públicos, que actualmente deberían ser más tenidos en cuenta de lo que lo son.

Muchas serían las ideas y conclusiones que se podrían extraer de este viejo —casi centenario— bando municipal. Conclusiones e ideas aleccionadoras algunas, sabrosas y divertidas otras, interesantes todas...

Pero donde más se puede desbordar nuestra imaginación es si nos ponemos a pensar en la reacción de este lejano alcalde a la vista de la Rentería actual. ¿Cuál sería su talante si pudiera ver la transformación que ha sufrido aquella Villa de la que fue alcalde hace más de 80 años? Seguro que decidiría publicar un bando cuando su vista se posara en tantos venerables muros que lucen ciertas pinturas que no son ciertamente muestras de ese arte bello llamado pintura.

Dejemos pues volar nuestra imaginación. Lo que sigue sería en opinión del que firma, el bando que firmaría sin que le temblara el pulso si, haciéndose realidad la ficción del «tunel del tiempo», pudiera trasladarse hasta nuestros días el primer alcalde que hubo en Rentería en este siglo.

BANDO: Son la Primavera y el Verano las estaciones en las que cuando el rubicundo Apolo comienza a asomar su dorada faz tras

